

EVANGELIZADORES Y ESCRITORES EN LATINOAMÉRICA ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Rafael Camorlinga Alcaraz*

Resumen

La violación, acto de suma violencia, puede tener como resultado la aparición de un nuevo ser. En nombre de la evangelización y civilización se cometió todo tipo de atropellos contra los pueblos indígenas y se les despojó hasta de su identidad. El nuevo ser así generado se llama *América* y se apellida *Latina*. A cambio de las cuantiosas riquezas que fueron de América para Europa, algo muy valioso vino de allá: la lengua. Ésta es el puente que ha posibilitado los *encuentros* entre conquistadores y conquistados. Pasado el tiempo en que la censura imponía un discurso oficial y “monolingüe”, ocurrieron también los *desencuentros*, es decir, el discurso crítico y “plurilingüe” propio del texto literario. América Latina se ha vuelto mayor de edad; como tal puede dialogar de tú a tú y estar de acuerdo o en desacuerdo con las Metrópolis de antaño.

Palabras clave: Latinoamérica, colonización, evangelización, literatura,

1492: AÑO INTERMINABLE.

La conmemoración del 5° Centenario (1492 – 1992) es todavía reciente. Lo es aún más la fecha conmemorativa del Brasil (1500 – 2000). La palabra *descubrimiento*, referente a la llegada de Cristóbal Colón a tierra americana ha sido puesta en tela de juicio por su evidente connotación eurocentrista.¹ Su uso conlleva el ninguneo, si no es que la anulación de los pueblos que habitaban el Continente. Incluso el vocablo *encuentro* parece impropio, puesto que supone el libre consenso de ambas partes, cosa que no ocurrió en el hecho mencionado. Se comprende, por lo tanto, el que los descendientes de los pueblos “descubiertos” en aquella aciaga fecha del s. XV, sugieran la palabra *invasión* (Vincent 1992:7).

El vocablo no parece inadecuado, si se tienen en cuenta los hechos sangrientos de la conquista y los siglos de colonización que siguieron. Ni siquiera el periodo de vida independiente ha traído a los descendientes de los indios la prosperidad y la tranquilidad auspiciadas.

En el ámbito religioso se observa una analogía con el socio-político. Así como el sistema y los valores de las comunidades indígenas fueron ignorados y sustituidos por las de los europeos, *a fortiori* lo serían las creencias y prácticas religiosas. Si en los otros campos apenas si se puede hablar de *encuentro*, en el religioso el término adecuado es *choque*; con el obvio resquebrajamiento de la parte más débil, la indígena.

Por lo que respecta al campo literario, limitándonos a la producción en lengua española, encontramos, en primer lugar, una serie de escritos informando sobre las gentes y tierras

* Licenciado en teología (Universidad Lateranense – Roma) y doctor en literatura (Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC) – Brasil). Profesor de lengua española y literatura latinoamericana de la UFSC. Profesor también en el Posgrado de la misma universidad, donde desarrolla la línea de investigación sobre Literatura y Teología. E-mail: rafaelcamor@msn.com

¹ “Cuenta la historia oficial que Vasco Núñez de Balboa fue el primer hombre que vio, desde una cumbre de Panamá, los dos océanos. Los que vivían allí, ¿eran ciegos?”, pregunta Eduardo Galeano en *Espejos* (pág. 20), de reciente aparición (ver bibliografía).

descubiertas. Se trata de una literatura *lato sensu* o “literatura aplicada”. Las obras literarias propiamente dichas, durante el periodo colonial son escasas y sus autores, preponderantemente europeos o descendientes de europeos – criollos. Obviamente, los escritos de ese periodo reflejan la unidad de miras entre escritores y evangelizadores. No podría ser de otra manera, teniendo en cuenta la rígida censura civil y eclesiástica de aquel entonces.

Aún después de la independencia los escritores latinoamericanos continuaron bajo la influencia de los “maestros” europeos, aunque algunas de las nuevas repúblicas experimentaban un incipiente movimiento de secularización. No será sino en época reciente cuando la emancipación literaria se equiparará a la política y obtendrá logros desconocidos por ésta.

El “renacimiento literario latinoamericano” no ignora, no puede ignorar el tema religioso. Sin embargo, lejos de la apología o de la hagiografía de la literatura colonial, la nueva corriente, principalmente la novelística, asume una actitud crítica. Los encuentros de otro tiempo se vuelven desencuentros, inevitables cuando el monolitismo religioso tiene que convivir con la libertad artística.

LA CRUZ Y LA ESPADA

La conquista y evangelización de América Latina tuvo como *leitmotiv* la evangelización. Sin embargo, el cristianismo que llegó al Nuevo Mundo distaba mucho de ser aquel que, en los tres primeros siglos de su existencia, había arribado al Viejo Continente. Aquél conquistó pueblos enteros sin más armas que la figura y el mensaje del Nazareno, muerto en la cruz en plena juventud. En cambio, el cristianismo que desembarca en estas tierras viene precedido y/o seguido, según la conveniencia, del armamento más moderno en aquel entonces: armaduras de acero, espadas, arcabuces, culebrinas y bombardas, además de perros y caballos (Camorlinga 1993: 51).

El arsenal ideológico fue proporcionado por las convicciones religiosas y legitimado mediante la bula “Inter Coetera” de Alejandro VI. Éste, en calidad de sucesor de S. Pedro y Vicario de Cristo, otorga a los Reyes Católicos (“donamos, concedimos et assignamus”) dominio absoluto sobre las tierras descubiertas o por descubrir. Nicolás V, predecesor de Alejandro VI, fue todavía más generoso con Portugal, concediéndole el derecho de “invadir, conquistar, subyugar y esclavizar en perpetuidad (“in perpetuum servitutum redigendi”) a los pueblos descubiertos” (Bula “Romanus Pontifex”).

Contando con semejante armamento el éxito estaba asegurado: destruir templos y derribar ídolos, sustituyéndolos por capillas e imágenes cristianas. Toda resistencia era sofocada a sangre y fuego, apelando a la vieja doctrina de la “guerra justa”. La presencia de los frailes en nada mitigó la crueldad de los conquistadores. Los evangelizadores, en general, preferían la conversión forzada de los indios, una vez destruidos sus templos y muertos sus sacerdotes. Ante semejante desolación un jefe indio sobreviviente se lamentaba: “los españoles (soldados) nos matan por fuera, ellos (los frailes) nos matan por dentro” (CNBB 1986: 87).

No faltó quien abogara por una evangelización mediante la persuasión y aproximación pacífica a los pueblos indígenas. Entre ellos destaca el fraile dominico y obispo de

Chiapas Bartolomé de las Casas. No fue el único, aunque sí el más aguerrido defensor de los indios. Enrique Dussel (1985: 69) habla de más de veinte obispos que tomaron el mismo partido. Uno de ellos, Antonio de Valdivieso, fue asesinado por orden del gobernador de Nicaragua justamente por contrariar los intereses de los encomenderos.

Cabe notar que Las Casas se empeñó al máximo por la causa indígena: emprendió viajes, participó en debates, habló con las máximas autoridades y escribió libros. El más polémico de éstos es la “Brevísima relación de la destrucción de las Indias”, rápidamente traducida y difundida por toda Europa. Se le critica el haber dado pie, con esta obra, al surgimiento de la “leyenda negra” contra España. Ello pone en evidencia la hipocresía de los acusadores; éstos mostraron menos pudor que los fariseos que no se atrevieron a “tirar la primera piedra” (Jn 8, 9).

Un efecto colateral, por cierto nada deleznable, del debate sostenido por Fray Bartolomé y Ginés de Sepúlveda sobre lo injusto de la esclavitud y sobre la ilegitimidad de la misma conquista, fue la producción de una literatura referente al derecho natural, inusitada en aquel entonces. Por lo demás, el “Diario de Colón”, las “Cartas de Relación”, de Cortés, obras como la “Historia de la conquista de Nueva España”, de Bernal Díaz del Castillo e “Historia General de las Cosas de la Nueva España” de Fray Bernardino de Sahún inauguraron la producción de libros en español, en suelo americano.

En cuanto a la producción de obras literarias propiamente dichas apenas si se registra alguna en el largo periodo colonial. La rígida censura de los libros que llegaban de Europa y la vigilancia sobre los que se escribían en América contribuyeron fuertemente a la esterilidad literaria de las colonias españolas. “La Inquisición ejercita en las colonias la más restrictiva policía contra la cultura intelectual” (Picón-Salas 1994: 118). Gracias a esa política los habitantes de estas tierras ni siquiera pudieron leer los libros escritos en Europa por sus mismos conterráneos, tales como “Los comentarios Reales” del Inca Gracilazo o la “Histórica relación del Reino de Chile”, de Alonso de Ovalle. “Obligado a callarse por los decretos reales y la policía de la Inquisición, el intelecto colonial a quien no se le permite escribir novelas ni historias de la gente indígena, se evadirá por los tortuosos meandros de la prosa barroca” (Ibid. p. 119).

En las primeras décadas del siglo XIX la larga siesta colonial se vio sacudida por los movimientos emancipatorios y la agitación que los precedió. Sin embargo, la independencia política no trajo cambios significativos en el ámbito cultural; la imaginación continuaba colonizada. Sólo hacia el fin del s. XIX, con el *Modernismo* y principalmente en el s. XX con la *Nueva Novela Latinoamericana* fue cuando esta América adquirió voz propia. Sus escritores pasan de imitadores a imitados y empiezan a ser leídos más allá de las fronteras geográficas y lingüísticas de origen.

Las nuevas repúblicas, bajo la influencia del Iluminismo, se profesan laicas; sin embargo, el tema religioso continúa presente, sobre todo en la ficción literaria. Frecuentemente abordado por los escritores europeos, lo es también por los latinoamericanos, aunque de una manera peculiar. No se ignoran los dilemas metafísicos que se plantea todo ser humano, sin embargo, preocupan más los problemas socio-económicos vividos por millones de seres humanos, en su inmensa mayoría cristiano-católicos. La manera más práctica de adentrarnos en la problemática religiosa abordada por la novelística de la América hispanohablante, es a través de la persona que

detenta el poder sacro y que está en contacto con la comunidad: el "padre", "sr. cura" o simplemente "cura", "personaje frecuente en la novela hispanoamericana" (Pinillos 1987: 131).

En la ficción literaria de este periodo exhibe las señales de la polémica sostenida por Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda. Sabemos que a la postre triunfó la tesis del segundo, con las desastrosas consecuencias para los pueblos indígenas. La colaboración entre la cruz y la espada ha persistido, aunque metamorfoseada. Por lo que respecta al papel de la institución eclesiástica, a través de sus ministros, durante las primeras décadas de las jóvenes repúblicas, no se registran cambios sustanciales. La jerarquía, en general, se muestra omisa o subserviente a los caudillos que gobiernan las respectivas naciones durante las primeras décadas de vida independiente. En la vida cotidiana es el "padre" o "sr. cura" quien se encarga de las comunidades agrupadas en parroquias. Su autoridad ante los parroquianos es omnímoda, y con frecuencia la usa en provecho propio o del político en turno. Así pues, las novelas de esta época presentan padres y obispos comprometidos con el *status quo* y gozando de sus privilegios.

Como ejemplo de ese tipo de sacerdote puede citarse al p. Gaete de la novela *Amalia* (José Mármol, Arg.). El escenario político e la dictadura de Manuel Rosas (1835-1852). Su régimen se caracteriza por la violencia, ejercida mediante el brazo armado *La mazorca*, contra los *Unitarios*, la oposición enemiga. El p. Gaete, acosado, pide piedad.

¿Piedad? La tenéis vosotros, sacerdotes ensangrentados de esa herejía política a la que llamáis federación? ¿Qué habéis dejado sin ofender? ¿Qué habéis dejado sin humillar y ensangrentar? Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche de delitos que habéis levantado sobre el suelo de vuestra patria? (p. 139).

La actitud de Gaete es reflejo de la del obispo que, "levantando el báculo, incita a los pueblos a la persecución de aquellos desgraciados (los unitarios), predicando su muerte y su exterminio en la persecución" (p. 336).

Más frecuente que la figura del sacerdote violento, es la del lascivo y codicioso. Ni la rígida ley del celibato eclesiástico ni la doctrina evangélica que enseña el desprendimiento de la riqueza logran refrenar el impulso sexual y el apetito de bienes terrenos de los ministros sagrados. Eso es lo que ocurre con el p. Sidonio, de *Plata y bronce* (Fernando Cháves, Ecuador, 1927), y con el p. Hermógenes Pizarro, *Raza de bronce* (A. Arguedas, Bolivia, 1919). La catequesis de Pizarro a los indios pone el énfasis en dos virtudes, sin las cuales es imposible agradar a Dios: la caridad, concretada en generosas donaciones a las representantes de Dios en la tierra, y la sumisión, o sea, la total obediencia al patrón. Y explica: desobedecer las órdenes del patrón es desobedecer al mismo Dios, "que ha dispuesto el mundo de manera que haya una clase de de hombres cuya misión es mandar y otra sin más fin que obedecer". Los primeros son los blancos, hechos directamente por Dios; los segundos los indios, "hechos con otra levadura y por manos menos perfectas" (p. 178).

El p. Lomas, de *Huasipungo* (J. Icaza, Ecuador 1934), además de codicioso y despiadado, presenta una nueva faceta: colaboración con una empresa transnacional que explota a los indios y los despoja de sus tierras. Para ello los extranjeros cuentan con el apoyo gubernamental y eclesiástico. El p. Lonas, además, logra pingües ganancias con la venta de tumbas en el cementerio, "latifundio del padre", según los indios. Las sepulturas más próximas a la iglesia, adornadas y bien cuidadas, son las más caras, ya

que quienes son enterrados allí van directamente al cielo. En el otro extremo están los que pagan poco o casi nada. Estos están condenados al infierno, o al purgatorio cuyas torturas "son peores que las del infierno", según la teología personal del cura (p. 155).

Obras literarias como las antes citadas tienen un sesgo panfletario de denuncia más o menos explícita de los abusos del sacerdote y de la institución que representa. No faltan las preclaras excepciones. Una de ellas es el Dr. Miranda, de la novela *Pax* (Lorenzo Marroquín, Colombia, 1907). Su presencia en la narración es fugaz, pero de hondo significado. "Era la presencia del Dr. Miranda de aquellas que revelan superioridad, y que desde luego la hacen amable porque no tratan de imponerla" (Pinillos 1987: 135).

A la acusa de panfletario y tendencioso, Rufino B. Fombona, autor de *La bella y la fiera*, responde: "quisiera escribir un libro sano, optimista, bello..., pero nada bello, optimista, sano me rodea" (Ibid, p. 15). Según Carlos Fuentes (1980: 12), uno de los cometidos del escritor es luchar en pro de la civilización, ser el portavoz de los desheredados, defender a los explotados y documentar la realidad. Y tendrá que hacerlo, con frecuencia, a pesar de la Iglesia y sus ministros.

LITERATURA Y TEOLOGÍA LATINOAMERICANAS

Hacia mediados del s. XX la producción literaria latinoamericana presenta un nuevo perfil. "El novelista hispanoamericano ya ha superado la etapa del inventario o registro del mundo" (Rodríguez Monegal 1992: I, 41). Libre ya de la dicotomía maniqueísta, el personaje adquiere profundidad psicológica. El indio de *Ríos Profundos* o el mestizo de *El llano en llamas* no son marionetas sino seres humanos. "El problema social, políticamente decisivo, sale del manual, se desprende del esquematismo, se introduce como el aire en los pulmones del personaje y así pasa a la sangre, se funde con su pasión individual" (Benedetti 198: 358).

Simultáneamente el pensamiento religioso de la Iglesia en general fue sometido a una profunda renovación o *aggiornamento* con el Concilio Vaticano II (1963-65), mientras que los obispos latinoamericanos, reunidos en Medellín reformularon el acervo teológico importado siglos antes, dando origen a una *teología latinoamericana*, conocida como "Teología de la Liberación" (TL). La contemporaneidad de la nueva novela y de la nueva teología latinoamericanas muestra la proximidad de esas dos corrientes y la posibilidad de colaboración en pro del pueblo en que ambas surgieron. En vista de la extensión del tema, se presentarán a manera de muestra dos novelas, de épocas y lugares diferentes, pero con interesantes coincidencias respecto del tema tratado. Son: *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo (México - 1918-86) y *La Cruz invertida* (1970) de Marcos Aguinis (Argentina - 1935).

***Pedro Páramo*: Atisbos de una teología libertadora**

El tema religioso es omnipresente en la obra de Rulfo. No podría ser de otro modo, habiendo escogido como escenario de su narrativa el centro oeste de México, donde se respira una atmósfera de religiosidad. Religión católica, obviamente, aunque practicada de manera muy peculiar. Eso se percibe ya en los cuentos de *El llano en llamas*, publicados con anterioridad a la novela. Aquí se enfoca la novela *Pedro Páramo*; y más

específicamente la figura del p. Rentería, párroco de la Comala rulfiana. Esa es la ciudad o municipio que incluye en sus límites "La Media Luna". Ésta es la hacienda-latifundio de Pedro Páramo y el epicentro en torno al cual gravita todo: hechos y personas, inclusive el cura. Al igual que en las novelas anteriormente comentadas, también en ésta el ministro sacro está bajo las órdenes del potentado. Con una salvedad: Rentería no está conforme con su papel de títere. Hace intentos por escapar de la férula del cacique, pero con escasos resultados.

Detengámonos en una escena, en que Rentería pasa de confesor a penitente en busca de perdón. Aunque vulnerable a las flaquezas de la carne y del dinero, el pecado *imperdonable* de Rentería es su cobardía ante los Páramo, padre e hijo. Por eso, el sr. cura de Contla, a quien acude para confesarse, le niega la absolución.

"El hombre de quien no quieres mencionar el nombre ha despedazado tu iglesia y tú se los has consentido. ¿Qué se puede esperar de tí, padre? ¿Qué has hecho de la fuerza de Dios? No, padre, mis manos no son lo suficientemente limpias para darte la absolución" (p. 248).²

A continuación conversan sobre los tiempos del seminario, en donde se daban frutas dulces, no agrias como en Comala. El colega de Contla aprovecha la oportunidad para volver a la carga:

Las tierras de Comala son buenas. Es lástima que estén en manos de un solo hombre.
¿Es aún Pedro Páramo el dueño, no?
Así es la voluntad de Dios.
No creo que en este caso intervenga la voluntad de Dios. ¿No crees tú así, padre?
A veces lo he dudado; pero allí lo reconocen.
¿Y entre ellos estás tú?

Es fácil ver en la conversación de los dos sacerdotes esbozadas las "dos teologías", la tradicional y la de la liberación. La actitud de Rentería se asemeja a la del p. Páez, *Muerte de Artemio Cruz* (C. Fuentes, 1962). Los campesinos deben cultivar la tierra y entregar la cosecha al legítimo dueño, el patrón. ¿Y la justicia? El p. Páez dictamina: "la justicia final se imparte allá arriba. No la busques en este valle de lágrimas" (p. 46). Conclusión: la situación de injusticia imperante en el aquí-y-ahora, es voluntad de Dios. El confesor de Rentería, en cambio, y con él los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín y asesorados por un equipo de teólogos, niegan que sea esa la voluntad de Dios. Empieza a tomar cuerpo la *Teología de la liberación*, cuyo destino bajo los dos últimos pontífices es bien conocido.

Rentería vuelve a Comala sin el perdón anhelado. Incapaz de comprender las exigencias del cura de Contla, se percata, sin embargo, de la insuficiencia de la teología tradicional que lo obliga a absolver a quien merecería condena y a condenar a quien merecería absolución. Al fin decide adherirse a la Revolución Cristera,³ gesto no exento de ambigüedad.

² Las citas son tomadas de RULFO, J. *Toda la obra*. Edición crítica coordinada por C. Fell, CNA. México, FCE – Ed. UNESCO, (Colección Archivos), 1996, 2ª. Edición.

³ La "Revolución Cristera" o "Cristiada" fue una insurrección que surgió en los estados de Jalisco y Colima, centro oeste de México, en 1926. Luchaba por la libertad religiosa, impedida por el gobierno del presidente Plutarco Elías Calles.

La Cruz Invertida: Teología de la liberación en acción

El libro del Éxodo, a partir del cual Israel se constituyó como nación libre, es también texto clave para la TL. La situación en que se encuentra la inmensa mayoría del pueblo cristiano latinoamericano, es de cautiverio, semejante a la del Israel veterotestamentario. Por consiguiente, también aquí se hace necesario un *Éxodo*, o sea, un movimiento que libere al nuevo Israel de los nuevos Faraones. Los hallazgos doctrinales son llevados a la práctica por los padres, ayudados por las comunidades eclesiales de base. La preocupación de los evangelizadores por la liberación, no sólo del alma sino también del cuerpo, no sólo en el más allá sino también en el aquí-y-ahora, creó situaciones de conflicto, terreno fértil para la actividad novelística. Es aquí en este ámbito donde se encuadra el libro *La cruz invertida* (Premio Planeta 1970), del escritor argentino Marcos Aguinis.⁴

La novela empieza con "Génesis" (cap. 1) y termina con "Apocalipsis" (cap. 78). La alusión al libro sagrado de judíos y cristianos no podría ser más obvia. En el escenario onírico presentado al comienzo, la bota y la cruz sustituyen al dúo ya conocido cruz-espada. "Apocalipsis", término, escenifica un juicio cósmico, semejante al descrito en Mt 25, 31-32. Pero, curiosamente, los jueces son los detentores del poder sagrado y político-militar. El reo es el mismo Cristo, "que llora inconsolablemente" (p. 233). Entre uno y otro extremo de ese *continuum* de dimensión bíblica, se narra principalmente la trayectoria de dos sacerdotes. Uno de ellos es Carlos Samuel Torres, joven, con estudios en Europa y de buena presencia; y Buenaventura, de edad avanzada, escasa cultura y ningún roce social. Habiendo ambos decepcionado al obispo en las respectivas parroquias donde habían estado, el jerarca los manda a una parroquia conservadora donde se supone que tendrán poco o ningún margen para actuar fuera de los moldes tradicionales. El obispo cree haber encontrado la solución para humillar al padre joven y al mismo tiempo frenar sus ímpetus. Ignora que entre los dos hay un común denominador que supera toda disparidad: el amor por los pobres. Animados por un verdadero celo apostólico, en poco tiempo sacuden la apática parroquia. La casa parroquial se vuelve el epicentro de encuentros y debates sobre temas religiosos, sociales, ... en una palabra, *humanos*. Para el obispo esas actividades no tienen ningún valor, ya que el número de los que rezan y se confiesan no aumenta.

El acabose vino cuando los jóvenes organizaron una manifestación *pacífica* para exigir la liberación de unos compañeros injustamente encarcelados. Reprimidos violentamente por la policía, los manifestantes buscan santuario en la iglesia. Perseguidos aun dentro del recinto sacro, se defienden con lo que tienen a su alcance, contando con el apoyo de los sacerdotes. Resultado: muchos golpeados, heridos y encarcelados. Toda la culpa recae sobre Torres y Buenaventura, sometidos a un proceso eclesiástico, sin darles oportunidad de defenderse. El juicio es presidido por el Nuncio y el Obispo, viva evocación de Anás y Caifás.

El narrador *ad hoc* del cap. 75, "Sabiduría", pone de manifiesto el dilema planteado a los curas insumisos: "fueron puestos en una horrible alternativa: estar en armonía con los fariseos y con el obispo, o estar en armonía con Dios" (p. 216). *Fuera de la Iglesia no hay salvación (extra Ecclesiam nulla salus)*, reza el antiguo principio exhumado por

⁴ Citas tomadas de AGUINIS, Marcos. *La cruz invertida*. Ediciones Planeta, Buenos Aires, 2005.

los dos últimos Papas. *La Cruz invertida* parece sugerir exactamente lo contrario: *dentro* de la iglesia (de esa iglesia) es donde no puede haber salvación.

CONCLUSIÓN

Teniendo ambas como blanco al ser humano, Literatura y Teología tienen mucho en común. La revelación, momento fuerte de la TL es transmitida a través de la palabra, o sea, tiene que ser *narrada*. Revelación y narrativa son prácticamente indisolubles. Sin el arte en general, y sin la LT en particular, nuestra comprensión del mundo teo-religioso sería otra, ciertamente más empobrecida. La LT, a su vez, reivindicando la libertad propia del arte, se siente en casa *también* en el ámbito de de la TL.

La LT latinoamericana, aun sin desconocer los problemas metafísicos planteados por los escritores europeos, muestra predilección por los temas de carácter social, caros también a la corriente teológica surgida en estas latitudes. No han faltado intentos de negar a una el *status* de LT y a otra el de TL. Afortunadamente esta ideología eurocentrista pierde cada vez más terreno. Mientras no haya quien determine apodícticamente qué es LT y qué TL, y cuáles los respectivos límites, el diálogo interdisciplinario, como el promovido por la ALALITE en Río de Janeiro el año pasado y el actual, aquí y ahora, seguirá prosperando.

BIBLIOGRAFÍA

- BENEDETTI, M. "Temas y problemas", in: *América Latina en su literatura* (César Fernández M. org.), Siglo XXI - UNESCO, México - Madrid, 1998, págs. 254-271.
- CAMORLINGA, J. M. *Dos Religiones: Azteca – Cristiana*. P y V Editores, México, 1993.
- CONFERÊNCIA NACIONAL DOS BISPOS BRASILEIROS (CNBB). *Inculturação E Libertação*. Edições Paulinas, 1986.
- FUENTES, C. *La nueva novela hispanoamericana*. Editorial Joaquín Mortiz S. A., México, 1980.
- DUSSEL, E. *Caminhos de libertação latino-americana I*. Trad. José C. Barcillos. Edições Paulinas, 1985.
- GALEANO, E. *Espejos – una historia casi universal*. Siglo XXI, Argentina, México, España, 2007.
- MONTEGAL, E. R. *Narradores de esta América*. Alfadil Ediciones, Venezuela, 1992.
- PICON-SALAS, M. *De la conquista a la independencia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- PINILLOS, M. N. *El sacerdote en la novela hispanoamericana*. UNAM, México, 1987.
- VINCENT, B. *1942, Descoberta ou Invasão?* Trad. Vera Ribeiro. Jorge Zahar, Rio de Janeiro, 1992.